

Las vacaciones del doctor Castagno

Acababa de atender a su último paciente.

Sentado en el sillón donde todos abrían la boca, el doctor Castagno se miró en el espejito con el que inspeccionaba dientes ajenos y se dijo:

-A partir de mañana, no voy a estar acá.

Su cara asintió pequeña.

Castagno apagó el reflector que estaba encima suyo y dio por terminado su momento. Se sacó el delantal y después, en el otro cuarto, miró la agenda del día siguiente como algo lejano, sin relación con el presente.

Antes de salir a la calle, desconectó todos los equipos y cerró con dos vueltas de llave.

En la casi noche, el hombrecito verde del semáforo le dio pie a cruzar y se sintió liberado, con un peso menos encima. Pensó que ahora era tiempo de dedicarse a algunas cosas pendientes, pero ¿cuáles? No había nada concreto que tuviera ganas de hacer y lo que no había encarado nunca, lo que siempre se prometía, le resultaba ajeno, de otro momento. Apenas si se abismó unos metros en la vereda y le temblaron las piernas cuando descubrió la libertad de la que gozaba. Algo parecido a cuando falleció su mujer, pero sin la culpa. Estaba excitado. De las vidrieras salían ráfagas de luz, las personas con las que se cruzaba despedían un aura de belleza y los árboles mecidos por un viento suave parecían vestidos. La idea se le presentó sin nubes: pasaría la noche en un hotel.

Dos horas más tarde, el doctor Castagno pidió comida a la habitación y una botella de champagne con dos copas. Sentado frente a la ventana hermética, contemplaba el movimiento decreciente de la ciudad, allá abajo, mientras alternaba un bocado de filete con un trago profundo. Servía y tomaba alternativamente un poco de cada copa. Qué distinta esta noche a las del último año, pensó y una sonrisa le estiró los labios. No estaba acostumbrado a sonreír, tampoco a comer lejos del televisor y de la bandeja de plata sobre la falda. Cuánto más cómodo estaba el doctor Castagno sin sus cosas de todos los días, sin su cabeza trabajada por las obligaciones y el dolor.

Cuando apagó el velador, no pudo reprimir una carcajada al pensar que nadie en el mundo sospecharía jamás dónde había pasado esa noche.

¿Sos vos, Eduardo?

Nítida en la pesadilla, la voz de su mujer lo trajo con angustia a la realidad. Dónde estaba, qué hacía lejos de su casa. Saltó de la cama y volvió a mirar a la calle. Un taxi atravesaba la avenida como un murciélago. Dio vueltas por la habitación hasta que logró calmarse.

Tenía que cambiar su apariencia, olvidarse por un tiempo de sí y componer un papel nuevo. En un anotador con el logo del hotel, escribió:

“Nueva ropa.

Nuevo peinado.

Nuevas ideas.”

Y también, en uno de los márgenes, en sentido horizontal:

“Planes inmediatos.”

Eligió una peluquería de barrio, algo sofisticada pero económica, con un peluquero en apariencia heterosexual.

–Corto –dijo a través del espejo. –Muy corto.

–¿Quiere que le pase la máquina?

El doctor Castagno asintió con rudeza, para establecer el código. No había nadie más, excepto por la chica de camisa blanca que estaba detrás de la caja, limándose las uñas. La música que salía de los parlantes le resultaba nueva, de una sensualidad desconocida.

Mechones de pelos negros y blancos caían sobre sus hombros, como petróleo, como nieve. Sin la gomina de raya para el costado, la persona que empezaba a ver en el espejo le parecía más feroz, más contundente. Además, sabía que debajo de la bata verde y de la toalla blanca arrollada al cuello, tenía puesto un jean. No usaba uno desde los veinte años, cuando estudiaba Odontología y vivía solo, lejos de su pueblo, en el departamento que sus padres le habían alquilado.

Con los años, la profesión lo fue llevando a vestirse como un profesional y en su placard empezaron a menguar las camperas y las camisas de manga corta. Más de una vez, a las siete de la mañana, probó de ahorcarse un poco con la corbata para sentir lo que era la asfixia. Como su tolerancia era descomunal, empezó a tomarse el tiempo. Su récord fue un minuto y medio.

–¿Así está bien? –dijo el peluquero.

–Sí.

–Mari, ¿le lavás el cabello al señor?

El doctor Castagno metió la cabeza en una palangana con agua caliente, mientras Mari le mojaba el cuero cabelludo con un duchador y se lo masajeaba. La música, el agua, las manos. En el mismo momento en que Mari se retrajo y apagó la ducha, un juguito cálido atravesó el calzoncillo y le mojó el bolsillo izquierdo del jean. Después, la mujer lo secó con una toalla y desató el nudo de la bata.

–Qué linda remera –dijo.

–Gracias. La compré esta tarde.

Era una chomba color verde botella con un pingüino azul cosido en el pectoral izquierdo. Castagno se admiró en el espejo y salió a la calle.

No había tomado la decisión por impulso. Fue algo que nació en él con la muerte de su mujer, pero que quizás estaba ahí desde siempre, a

la espera. Empezó a sentir asco de sus pacientes. Cada vez que alguno abría la boca, le daba repulsión ver esas filas de dientes desaparejas, cariadas o con huecos. Notó que lo trataban con muchísimo respeto, como a una eminencia, y que no había forma de acortar esa distancia. Apenas si sabía de ellos a través de las radiografías.

Una tarde de octubre, tuvo un atisbo del plan mientras hacía un conducto. Le inyectó la anestesia en la encía a una vieja paciente y esperó un par de minutos a que la boca se durmiera. Cuando arremetió con el torno, la señora ni se mosqueó. Castagno destrozó la muela con saña contenida e improvisó un arreglo del desastre con una pasta provisoria.

Media hora más tarde, a solas en el consultorio, se largó a llorar. Con el delantal puesto parecía un chico desconsolado por el reto de la maestra. Se quitó el barbijo, mojado por las lágrimas, y cuando presionó el pedal para que se abriera la boca del tacho, una imagen inquietante le pasó por la cabeza. Caminó hasta la mesa donde tenía dispuesto todo el instrumental quirúrgico. Calmo y preciso, metió la aguja en un frasco con un líquido amarillo hasta llenar el cargador de la inyección y se dio el primer pinchazo de una serie que terminaría la tarde en que empezó esta historia.

Oscurecía cuando Castagno pagó la cuenta del hotel, después de una siesta larga. Caminó quince cuadras hasta la estación de micros con la mente en blanco y sólo se detuvo en algunas vidrieras para contemplar su reflejo. Llevaba un bolso chico en una mano, casi vacío. Era la hora del recambio en la ciudad, cuando se mezcla la gente que vuelve del trabajo con los que salen de casa para internarse en la noche.

Cerca de la estación, un hombre sin piernas, sentado en una plataforma de madera, le pidió ayuda, una moneda a los gritos. Castagno creyó reconocer a un viejo compañero de escuela en los ojos exaltados del mendigo, y aceleró el paso entre una nube de caras por miedo a ser descubierto. La calle era un pasillo cerrado de tiendas improvisadas y vendedores ambulantes gritando productos y precios.

En los pasillos de la terminal, se sintió de nuevo a salvo. Caminaba tranquilo, como un viajero experto, y se detuvo en varias ventanillas a hacer preguntas hasta que lo tentó un destino en la costa. Chequeó los datos del pasaje y lo guardó en la billetera. Hizo tiempo en la confitería con una jarra de vino y un churrasco que comió por la mitad, mientras pasaba las hojas del diario sin interés. Lo suyo no era noticia.

Una hora más tarde, subió al micro con un principio de mareo. Había seis asientos ocupados; todos hombres que parecían fugitivos de algo. Cuando salieron a la ruta y el chofer apagó las luces, Castagno escuchó un rugido que venía de las profundidades de su estómago. Para calmarse empezó a contar los postes de luz y por un momento deseó estar en una de esas casas intermitentes que veía a través de la ventanilla. Se imaginó adentro de una cama precaria, en compañía de

una mujer escandalosamente joven, tapado hasta el cuello con una colcha roñosa, y tuvo la primera arcada. Vomitó la cena entera y se quedó unos minutos en el baño del micro para recuperarse. Un cuarto diminuto que olía a pis. Sobre el espejo, un foquito amarillento, donde Castagno miraba su palidez, asustado.

Cuando volvía a tientas por el pasillo oscuro, alguien lo agarró del brazo y le dijo algo que no alcanzó a escuchar, porque tiró con fuerza para zafarse y seguir hasta su asiento. Tragó una pastilla en la oscuridad y, unos minutos después, el sueño se lo tragó a él.

¿A dónde vas, hijo?

Cuando abrió los ojos, no era su padre el que lo zamarreaba sino el chofer del micro para avisarle que habían llegado. No quedaba nadie en la cabina y afuera todavía estaba oscuro. Pensó que no veía a su padre tan vivo desde el velorio a cajón abierto en la cochería principal del pueblo. Cada paso que daba Castagno era seguido de un eco en las baldosas de la terminal. Parecía un galpón abandonado. Había ido en auto con su mujer para despedir al cuerpo, y en un momento en que se quedó a solas frente al ataúd, acariciándole la frente sin consuelo, su padre abrió los párpados y le guiñó un ojo. Castagno nunca le comentó el episodio a nadie, ni siquiera a sí mismo hasta esa noche.

Un taxi lo dejó en la puerta de un hotel antiguo a pocas cuadras de la playa, una construcción de piedra decaída en su esplendor. Mientras el pueblo pasaba por la ventanilla, apagado y silencioso, un viento cálido entibió la cabeza rapada de Castagno. Volvió a sentirse liberado. El botones de la puerta le quitó el bolso apenas puso en pie en la escalera maciza. Atravesaron la puerta giratoria y lo acompañó hasta el mostrador. La recepcionista, de cuarenta cortos, se lucía adentro del uniforme. Tenía la boca muy maquillada y una sonrisa de haber hecho cosas. Cuando le preguntó su nombre y apellido, Castagno dijo Daniel Rivas. Antes de dormirse, con la luz del amanecer filtrándose por las persianas, repitió: Daniel Rivas.

A la tarde, se compró dos mallas: una hasta las rodillas, azul marino con flores naranjas, y otra en blanco y negro, estampada como la piel de un dálmata. Orgulloso de sus prendas nuevas, dio un paseo por la rambla con los paquetes en la mano, encantado de la arena, del movimiento salvaje del mar y de sí. En todo el trayecto, sólo se cruzó con un corredor y una madre que paseaba un salchicha.

Ya cuando caía la noche, se sentó en la terraza de un bar con vista a la costa. Pidió un chop y un plato de cornalitos a un mozo de moño negro y saco blanco. Cuando empezó a comerlos, sintió placer de arrancar esas cabezas fritas con un mordisco y triturarlas adentro de la boca. Sus dientes tenían vida, como una máquina que funciona ajena a la voluntad de su dueño.

La segunda cerveza le trajo una ola de preocupaciones: qué iba a hacer. Se vio en su nueva cama con la recepcionista, las sábanas limpias y ella trepada encima, cabalgándolo, con la bombacha corrida y la pollera puesta. Tarde o temprano, se fugarían los dos a un pueblo más lejano y más vacío, empezarían una vida juntos. Castagno le pagó al mozo y bajó a la playa.

La arena, entre tibia y fría en sus pies, le dio vitalidad. En una zona poco iluminada, apoyó los paquetes y armó una montaña con su ropa. Entró al mar desnudo, las olas se estrellaban delante y detrás de su cuerpo. Cuando el agua le llegó a los hombros, hundió la cabeza y estuvo un rato haciendo la plancha.

A la semana, los empleados del hotel y los mozos del bar, donde estaba ahora, lo llamaban Daniel. Tenía un bronceado envidiable, como nunca en su vida. Los pelos de los brazos y las piernas se le habían puesto rubios y, de no ser por la barba blanca de días, hubiera parecido veinte años más joven. Acababa de hacer algo impensado en la piel del doctor Castagno. De saberlo su mujer, se lo habría reprochado años enteros. Le pidió al mozo una birome y en una servilleta escribió para la recepcionista una propuesta con letra alcohólica, inspirado por el sol de las cinco y media. Cuando llegó al hotel, deslizó la nota con disimulo en la mano de ella y a cambio recibió las llaves de su habitación.

A medida que se iba afeitando, la bacha se llenaba de bolas de espuma impregnadas con pelitos de su barba. Tardó en reconocer el malestar impulsado por la maquinita: sentía vergüenza de sí mismo y un poco de nostalgia por su otra vida. En un descuido se hizo un tajo en el labio de arriba pero dejó que la sangre entrase limpia en su boca para saborearla. Después se lavó la cara con fuerza, una y otra vez, como si con agua caliente pudiera quitarse las ideas negativas. Cuando terminaba de secarse con la toalla, levantó la vista y se sorprendió de su cara en el espejo. Hacía gestos que le devolvieran una imagen familiar, pero casi no quedaban huellas del doctor Castagno.

Tirado en la cama, con las sábanas hasta la cintura, la decepción por la cita fallida fue hundiéndolo en una espiral de vacío y desconcierto. Levantó el teléfono y marcó el número del consultorio. Apenas escuchó el hola de su secretaria en el contestador, colgó y se quedó unos minutos pensando qué había hecho. Volvió a llamar y colgó otra vez. Al rato se durmió, con la cabeza aturdida.

Abrí, por favor, abrí.

De quién era esa voz que le pedía que abriera la boca o la puerta, que atendiera el teléfono o el timbre. Transpirado entre las sábanas, por primera vez en su vida deseó no soñar más nada. Desde que había dejado el trabajo, había recuperado la facultad de recordar lo que soñaba y era como la cadena de una bicicleta que en cada vuelta

arrastraba imágenes viejas con un perfil renovado y otras se perdían en la repetición. *Basta*, dijo en voz alta, sentado en el borde de la cama, los puños apoyados sobre el colchón.

Había un sobre atascado en la puerta. Adentro, en una hoja membretada con los datos del hotel, encontró unas palabras diminutas, escritas a la velocidad de una receta con letra femenina. Había una dirección, un horario y unos *besos* sin firma. Castagno tenía todo el día por delante para inventarse una vida creíble, así que se puso la malla del dalmata y bajó a tomar el desayuno sintiéndose un rey.

Había trazado, casi tallado, su nuevo perfil bajo la influencia plácida de una caipiriña. Ahora era viajante de comercio. Representaba a una firma internacional de perfumes y salía a recorrer el interior para *colocar* sus productos. Amigo de muchos comerciantes, recibía invitaciones a las mejores bodegas y los mejores restaurantes de cada pueblo. Lo respetaban porque les daba el mismo trato a todos y cumplía siempre con su palabra. La recepcionista escucharía con la boca abierta cada palabra suya durante la cena, como si estuviera ante un semidios regador de vino blanco. Castagno se repantigó en la silla blanca de mimbre para que el sol continuara haciendo su trabajo, mientras él se dedicaba con paciencia a chupar los hielos y exprimir las limas de su caipiriña.

A las ocho de la noche, estaba listo para el encuentro pero faltaba una hora. Se había perfumado y tenía puestas una bermuda verde y una camisa blanca de manga corta. Releyó la dirección en el papelito y salió del hotel para ir caminando tranquilo, sin apuro, hasta la casa de la recepcionista.

Al rato, andaba por una zona desconocida de la rambla, bastante alejada del centro. Varios reflectores estaban rotos. Había un viento fuerte, molesto. Parecía que lloviznaba por el estallido de las olas contra los murallones de roca. No se cruzó con nadie. En un momento, se metió empapado por una calle de tierra de casas bajas para resguardarse un poco del frío. Hizo cinco cuerdas hacia adentro y en un cartel azul con letras blancas se encontró con el nombre que había venido repitiendo durante todo el camino.

Tocó timbre sorprendido de la ristra de foquitos multicolores que iluminaban la entrada de la casa. Le abrió una mujer en bata que podía ser la madre o la prima de la recepcionista. Lo invitó a pasar y mientras le servía un trago generoso, Castagno se dejó embriagar por las luces rojas del living y una cristalera ocupada por decenas de muñequitos de cerámica: ekekos, tiroleses y parejas de bailarines de flamenco. Un perro negro pasó por su costado y le lamió el antebrazo. La mujer le alcanzó el gin tonic cuando se estaba limpiando la baba. Dio un sorbo largo y sin rodeos preguntó por la recepcionista. Estaba al fondo.

Castagno giró y vio al final del living una puerta con tiras de plástico, como de carnicería. Más atrás, se adivinaba un jardín con mesas redondas, sillas plegables y algunas figuras borrosas. A medida que se acercaba, una música zumbona le llenaba los oídos.

Salió al patio y el cambio de iluminación lo mareó un poco. Había hombres de puerto y de la noche, rufianes fumando unos cigarros marrones finitos, mujeres en corpiño y bombacha que los revoloteaban como moscas. La recepcionista se le acercó por detrás, le dio un beso en el cuello mientras le decía *hola, Dani* y le sacaba el vaso de la mano. Estaba irreconocible sin el uniforme, con un perfume rancio en la piel, de animal varado en la costa.

Se sentaron en la mesa más alejada del patio. Conversaron de cualquier cosa, como dos desconocidos totales, hasta que ella le propuso pasar a un cuarto. Castagno se dejó llevar de la mano. Tenía miedo y ansiedad y excitación. Había una cama de dos plazas con un acolchado brillante de un color que podía ser rojo o violeta, bajo la luz negra del ambiente. En una mesita de luz vio forros y un cenicero lleno de colillas. La recepcionista pegó su cuerpo voluptuoso al cuerpo contenido de Castagno, y con apuro y sabiduría empezó a desabrocharle la camisa. De un tirón suave le bajó la bermuda y el calzoncillo. Después bajó ella.

Los ojos cerrados. Castagno sentía olas de placer que le nacían abajo del estómago, pero no podía evitar que se le vinieran encima la cara de su mujer, las manos de la peluquera, los estribillos románticos que inundaban el patio. Tímidamente se dejó caer en la cama para que ella lo cabalgara a destajo, un ritmo exasperante, mientras le gritaba al oído *cogeme, Dani, cogeme*.

En el espejo se veía pálido y rojo, una forma difusa, angelical y diabólica, que era él pero no era él. Se estaba despertando a una sensación nueva y remota: la piel erizada, la cabeza ida. Sintió que el orgasmo venía fuerte como un aluvión, también oyó ruidos a sus espaldas y mientras acababa hecho un animal, una mano anónima descargó un golpe violento sobre su cabeza.

Amaneció boca abajo en un charco a un costado de la ruta. Los mosquitos eran una nube encima de sus piernas. El sol le picaba en las piernas y tardó en entender dónde estaba, embarrado de pies a cabeza y sin sus zapatos. Tampoco sabía cuánto tiempo había pasado. Hizo dedo pero nadie le paró. Era un hombre marrón, una figura salida de una vitrina mística.

Una hora más tarde, llegó exhausto al hotel y con el barro seco, pegado a su cuerpo como una segunda piel, empezó a subir la escalinata de piedra. El botones intentó impedirle pasar. Castagno lo empujó y con una voz nacida de la humillación, le dijo: *Correte, nene, soy Daniel Rivas*. La única prueba reconocible de su identidad era su sonrisa blanca, exasperada.

En recepción otra mujer le dio la llave, subió a su habitación y se encerró en el baño. Reguló los grifos de la ducha hasta conseguir una temperatura tibia y, mientras se desvestía, se quitó las costras de barro de a poco. A sus pies, el agua cambiaba de color, de marrón a transparente, como un río que se purificara.

Con una toalla blanca se frotó el cuerpo varias veces, hasta quedar completamente seco. Barrió el vapor del espejo con la mano para verse la cara limpia de nuevo. Tenía un chichón, los ojos endurecidos y un poco más de pelo. Abrió la canilla caliente y se metió debajo del chorro hasta sentir que se quemaba.

Después, se cubrió de espuma, agarró la maquinita de un estante y empezó a afeitarse la cabeza.

FIN